

Los caminos de Dios y los senderos del hombre en el Camino de Santiago

Cátedra de Estudios Europeos del Camino de Santiago

Arzobispado de Santiago – Fundación Pablo VI

Madrid, 4 de marzo de 2024

Un auto sacramental, escrito por Calderón de la Barca para la celebración de la fiesta del Corpus Christi de 1652 y titulado *El Año Santo en Madrid*, refiere que: “Aunque la esclavina trueque al cortesano vestido, no por eso el hombre deja de ser peregrino, pues la vida es un camino. Que al nacer peregrinamos y al vivir proseguimos y aun no tiene su fin cuando morimos”.

Cuando pensamos en semejante enunciado, lo primero que uno se plantea es cómo abordarlo: uno piensa en *vía/camino*, en *viajero/viajante*, y, por evidente contexto, en peregrino. Las ideas de *viaje* y de *camino* son ideas genuinamente antropológicas: ni los planetas, ni las plantas, ni siquiera los animales, ni los grandes simios viajan, salvo por metáfora; ni tienen caminos, sino órbitas, trayectorias, rutas o rutinas. Por otra parte, viaje y camino son indisociables, como lo son el andar y el suelo en el que se apoya un pie después del otro. El viaje y el camino se reducen al círculo del ser humano. Y el hombre, en la medida en que viaja por caminos, o vías, recibe la denominación de *homo viator* (así como el hombre, en la medida en que ríe, recibe el nombre de *homo ridens*, en la medida en que habla, el nombre de *homo loquens*, y en la medida en que construye con sus manos, el nombre de *homo faber*, o en la medida que busca el ocio y la diversión, el *homo ludicus*).

Lo que ya no es tan fácil es determinar el alcance que hay que conceder a estas expresiones singulares que parecen insistir siempre en tomar la parte por el todo. Porque si el hombre no está siempre riendo, ni hablando, ni fabricando, ni viajando, entonces, ¿qué hace del *homo viator* una definición del ser mismo del hombre que lo abarca en totalidad? Porque, según ella, el viaje y el camino no sólo no serían meras connotaciones particulares de los hombres, sino que afectarían a estos en su misma esencia, y antes aun de que ellos hubiesen construido caminos y hubieran sido, por tanto, viajeros, en sentido “positivo”. Si nos situamos en una perspectiva teológica, la expresión *homo viator* querrá decir que siempre, y en todo momento, el hombre va encaminado por una vía que, partiendo de este mundo, acaba en otro mundo. Sólo así, *viator* podrá parecer como una propiedad global de la condición humana; expresión de un constitutivo esencial, existencial y específico del

hombre, que se caracterizaría, por tanto, por su condición de viajero, de *viator*, de ave que, en palabras de San Juan de la Cruz, “va de vuelo”¹.

1. El camino, alfabeto ético del hombre

El hombre sabe que su vida es un camino con un pasado y un futuro. Física y culturalmente la vida del hombre es un proceso, un camino que se va recorriendo cada día. La palabra que mejor refleja lo que es la vida humana es, sin duda, la palabra “peregrinación”. Le acompañan otras preguntas vitales, tales como: ¿de dónde vengo? ¿Qué hago en este mundo? ¿A dónde voy? ¿Qué sentido tiene lo que soy, hago, busco, sufro...? Encontrar respuesta a estas preguntas es lo que da sentido al camino de la vida, a la peregrinación de la existencia humana.

Por eso definir al hombre como *viator*, *homo viator*, parece querer decir, en efecto, que el hombre “está siempre en camino”, y que sólo cuando está en camino es verdaderamente hombre; más incluso que cuando está en reposo, en su posada. Y esto sólo parece posible decirlo si hablamos de un camino metafísico, que es capaz de incorporar incluso las posadas propias del reposo. Pues no se trata sólo del reconocimiento de que el hombre puede estar en camino (en movimiento) y en reposo, sino de advertir y de apreciar, con Don Quijote, que “vale más camino que posada”, o que “el camino es mejor que la posada”².

Con los pies en la tierra, en el suelo y en el barro de la vida y de la historia, para evitar la tentación de vaciar la encarnación y sus implicaciones, a través del éxodo que nos conduce a la Tierra Prometida, la verdadera patria. Y para ello hay que tomar el sendero que conduce a la vida³. En esa tensión vital caminaban los cristianos de los primeros tiempos, como recuerda el *A Diogneto V*: “Habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria tierra extraña... Pasan la vida en la tierra, pero tienen su ciudadanía en el cielo” (V, 5-9).

Por ello, se puede entender que el pensamiento del camino pertenece al alfabeto ético del hombre:

“Partimos cuando nacemos, andamos mientras vivimos” (Jorge Manrique, *Coplas a la muerte de su padre*. Copla V).

“El hombre es un ser desplazado, apátrida, sin posada, que ni siquiera tiene posada en el tiempo, que se mueve continuamente en busca de su destino” (Rilke).

¹ Ideas tomadas de Gustavo Bueno, ‘Homo viator. El viaje y el camino’. Prólogo a Pedro Pisa, *Caminos Reales de Asturias* (Pentalfa: Oviedo 2000).

² Palabras apócrifas atribuidas por José Ortega y Gasset a Cervantes en *La rebelión de las masas* (1ª parte, cap. III).

³ Catequesis de las dos vías en *Didajé* 1,1: “hay dos caminos: uno de la vida, y otro de la muerte; pero muy grande es la diferencia entre los dos caminos”; también en el *Pseudo-Bernabé*.

De hecho, podemos decir que ser y estar en camino define no sólo la existencia del creyente, sino la misma existencia humana:

“El hombre no puede realizarse de golpe, en un único acto totalizante, sino que ha de ir haciéndose sucesiva y paulatinamente... «Justamente para eso le es dada la libertad: para llegar a ser lo que quiere ser. La libertad dice relación a la construcción de la identidad personal» [J. Barrio, ‘El sentido trascendente del Camino de Santiago’]. El hombre siempre está *in statu viae*, está siempre en camino, y solo cuando está en camino es verdaderamente hombre, incluso más que cuando está en reposo, en su posada [palabras apócrifas del Quijote]... después del pecado original, el hombre en el mundo es un extranjero (acepción de la palabra *peregrinus*), siempre de camino hacia la ciudad celestial: «aquí no tenemos ciudad permanente, sino que andamos en busca de la futura» (Hb 13, 14). En palabras de Blas Pascal, «nuestra naturaleza está en movimiento, el reposo es la muerte» [*Pensamientos*, nº 641]. El descansar en nuestra miseria sería la muerte, porque «más vale buena esperanza que ruin posesión», conforme a las archirrepetidas palabras de san Agustín: “Nos has creado para Ti, e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en Ti”. El ser humano es siempre peregrino hacia la meta, hacia la plenitud”⁴.

Este caminar no es algo incoherente y sin sentido, sino que está profundamente relacionado con la trascendencia y el más allá. Por eso el creyente recorre su camino consciente de que realiza una peregrinación hacia el encuentro definitivo con el Padre. En numerosas ocasiones el papa Francisco se ha referido a esta condición del ser humano. En su exhortación *Evangelii Gaudium* escribió que todo cristiano debería llevar consigo la “dinámica del éxodo” (EG 21), salir de sí mismo y caminar para ir siempre más allá de toda etapa alcanzada. Dice incluso que “la intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante” (EG 23), indicando así que la comunión con él es un camino permanente que no debe provocar miedo ni producir cansancio.

Una de las actitudes fundamentales del *homo viator*, del peregrino, es la desinstalación y el desprendimiento de todo aquello que no es esencial para el camino. Abraham salió de su tierra, de su pueblo y de la casa de su padre, para ir al lugar que Dios tenía que mostrarle (cf. Gn 12,1). Eso significa peregrinar en fe y esperanza. El camino del éxodo del pueblo de Israel hacia la tierra prometida refleja también la espiritualidad de la peregrinación, porque el peregrino es consciente de que en este mundo no tenemos una morada estable y definitiva, y más allá de lo visible y pasajero, nos dirigimos a través del desierto de la vida hacia el Cielo, hacia la Tierra prometida.

La peregrinación a Santiago ha de ser, en este sentido, estímulo y ocasión para una sincera conversión, entendida como camino de retorno, de inicio o reinicio: volver a la casa del Padre. Atravesar la Puerta Santa es cruzar el umbral de la misericordia de Dios y comprometernos a ser misericordiosos con los demás como el Padre lo es con nosotros (cf. Francisco, MV 14). Conversión significa volver la mirada a Dios y a los hermanos.

⁴ Isidro García Tato, ‘Dinamismo de la peregrinación. Historia, itinerarios y espiritualidad’, en *El Camino de Santiago. Lugar de encuentro con la fe y la historia jacobea. VI Congreso Internacional Acogida Cristiana y Nueva Evangelización en el Camino de Santiago (3, 4 y 5 de noviembre de 2017)* (Cabildo de la SAMI Catedral de Santiago: Santiago de Compostela 2018), pp. 97-98.

Significa también elevar la mirada más allá de los intereses personales y de las posesiones materiales. Si experimentamos de verdad la misericordia de Dios, si nos dejamos llenar por su amor, seguro que podremos desprendernos de muchas cosas para compartirlas con los demás, y al disminuir el peso de la mochila, avanzaremos más libres y ligeros por el camino de la vida.

El paradigma –el modelo– de esta peregrinación es el encuentro de Jesús resucitado con los dos discípulos que se dirigían al pueblo de Emaús, como lo narra el Evangelio de san Lucas. Así comprenderemos que la peregrinación cristiana es siempre un camino hecho en compañía del Resucitado. La peregrinación culmina, en este mundo, en el encuentro con Cristo en la Eucaristía y, en el otro, en la vida eterna en la Jerusalén celestial.

Ahora bien, en el escenario propiamente religioso se constata que el patrimonio de fe, de vida, de cultura, de valores heredado, se ha vuelto prescindible para el hombre de hoy. Dios ya no es necesario en la vida cotidiana (“eclipse del sentido de Dios”, Benedicto XVI). El hombre de hoy no percibe la ausencia de Dios como algo que falta en su vida. Vivimos en un mundo en el que, pese a la cultura y la historia de hondas raíces cristianas, no se puede presuponer la fe. Aún percibimos un barniz cristiano, pero se vive realmente de espaldas a Dios.

Al evocar esta tarde el Camino de Santiago recordemos la llamada de san Juan Pablo II desde la catedral Compostelana: *“Te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de amor: Vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces”* (Discurso en el acto europeísta, 9 nov 1982); o la del papa Benedicto desde la Plaza del Obradoiro, donde recordó que *“la Europa de la ciencia y de las tecnologías, la Europa de la civilización y de la cultura, tiene que ser a la vez la Europa abierta a la trascendencia y a la fraternidad con otros continentes, al Dios vivo y verdadero desde el hombre vivo y verdadero”* (Homilía en la plaza del Obradoiro, 6 nov 2010).

2. En el principio éramos peregrinos

En una audiencia general (26 de abril de 2017), el papa Francisco decía lo siguiente:

“Nuestra existencia es una peregrinación, un camino. También los que están movidos por una esperanza especialmente humana, perciben la seducción del horizonte, que les empuja a explorar mundos que aún no conocen. Nuestra alma es un alma migrante. La Biblia está llena de historias de peregrinos y viajeros. La vocación de Abraham comienza con este mandamiento: «Vete de tu tierra» (Génesis 12, 1). Y el patriarca deja ese pedazo de mundo que conocía bien y que era una de las cunas de la civilización de su tiempo. Todo conspiraba contra la sensatez de ese viaje. Y aun así Abraham sale. No nos convertimos en hombres y mujeres maduros si no se percibe la atracción del horizonte: ese límite entre el cielo y la tierra que pide ser alcanzado por un pueblo de caminantes”.

Un Sermón atribuido al papa Calixto con motivo de la solemnidad de la traslación del Apóstol Santiago (*Liber Sancti Jacobi. Codex Calixtinus*, libro I, cap. XVII / mediados s.

XII) sitúa los inicios de la peregrinación en el comienzo mismo de la humanidad, recordando que esta “toma el nombre en Adán; continúa por Abrahán, Jacob y los hijos de Israel hasta Cristo y se completa en Cristo y en los apóstoles”.

En el principio, en la misma “Génesis”, podemos aludir a la peregrinación creadora: Dios sale de su silencio y por amor pone en acto la vida frente al vacío y el caos. El Dios Creador pone su huella en el hombre, el que será el peregrino primigenio, creado a su imagen y semejanza.

Es Adán el primer peregrino: salida (pecado) y regreso (promesa); caída y redención; una peregrinación en la espera de volver al Paraíso. Paradigma de todo hombre. Dice Olegario de Cardedal: “el hombre no es estancia sino andadura, no es una posada sino un camino. Ser hombre es avanzar desde el punto en que uno es lanzado por un trayecto que debe reconocer y asumir a la luz de un proyecto que integre el presente, el pasado y el futuro”⁵.

Y continúa el *Sermón del Calixtino* antes mencionado:

“Del mismo modo, el peregrino, alejándose de su domicilio, es enviado a la peregrinación por un sacerdote, en pena de sus pecados, como a un destierro, y por la gracia de Cristo, si se confiesa bien y termina su vida abrazando la penitencia, se salva”. La vida de Adán es así la peregrinación fundamental y fundante en la espera de volver al paraíso definitivo.

Y tras el camino abierto en Adán, cimiento fundante del *homo viator*, no cabe duda de que la imagen paradigmática de peregrino y de la peregrinación, es Abrahán. Sale de su tierra y de entre los suyos para ir lejos (cf. Gn 12, 1), más allá de lo inmediato, de lo que uno conoce o posee; el que se pone en camino para saber de abandono y desprendimiento; el que se encamina a una tierra donde encontrar lo prometido; el que confía que en el camino no quedará abandonado a pesar del cansancio; el que aprende en la escucha de Dios; el que hace de su familia acogida y hospitalidad para aquellos enviados de Dios que son huéspedes del peregrino de Dios (cf. Gn 18, 1-8).). Con la figura y el camino de Abrahán, el autor de la carta a los Hebreos hace una de las más bellas reflexiones teológicas de la peregrinación cristiana: “Por la fe obedeció Abrahán a la llamada y salió hacia la tierra que iba a recibir en heredad. Salió sin saber adónde iba. Por fe vivió como extranjero en la tierra prometida, habitando en tiendas, y lo mismo Isaac y Jacob, herederos de la misma promesa, mientras esperaba la ciudad de sólidos cimientos cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios” (Heb 11, 8-10).

Seguimos el texto del *Sermón del papa Calixto*, que a continuación dice:

“Del mismo modo el peregrino, si se aleja de su tierra, es decir, de los negocios terrenos y de sus malos hábitos, y si sale de entre su parentela, esto es del ámbito que llena la noticia de sus pecados, y si persevera en las obras buenas, sin duda alguna, el Señor hará

⁵ O. González de Cardedal, *La entraña del cristianismo*, p. 306.

que aumente el número de las innumerables naciones angélicas en la bienaventurada gloria”.

Y desde Abrahán aquel pueblo [todos y cada uno de nosotros] se hace peregrino en la tierra y en la historia, entre la libertad y la esclavitud, entre la fidelidad y la idolatría, entre Dios y los dioses. Como el mismo peregrino, que se recorre el camino y afronta las dificultades como un éxodo entre desiertos y oasis hasta llegar a la venturosa meta de una Tierra Prometida.

Así lo describe el *sermón del Calixtino* que estamos siguiendo como guion en esta ponencia:

“También el patriarca Jacob fue peregrino, pues salió de su patria y peregrina y mora en Egipto. Así como Jacob mora en Egipto, que quiere decir tristezas tinieblas, así el peregrino que sale de su patria para pedir los sufragios de los santos, al recuerdo de sus delitos debe vivir en la tristeza de la mente y de sus ojos y en las tinieblas de la penitencia. También los hijos de Israel fueron peregrinos, pues desde Egipto van a la tierra de promisión por diversas pruebas de trabajos, guerras y calamidades. Y como ellos con muchos sufrimientos entraron en la tierra de Promisión, así los peregrinos, para que puedan entrar en la patria celestial que les ha sido prometida a los fieles, han tenido que pasar por muchos engaños de los mesoneros, y han tenido que escalar los montes y descender a los valles, y que soportar el terror de los bandidos y las angustias de los trabajos, para llegar a la mansión de los santos”.

Así se entiende que la memoria cultural del pueblo judío sea, sobre todo, una peregrinación a Jerusalén (Ciudad de la Paz), al Templo, meta del “viaje santo” (Sal 84, 6) donde, por vías y mares, los judíos se presentaban ante el Señor (cf. Ex 23, 17) “tres veces” al año: fiesta de los Ázimos⁶, de las Semanas⁷ y de los Tabernáculos⁸. Y las tres hacen referencia a la gran peregrinación que lleva de la esclavitud a la libertad.

⁶ En primavera (ocho días, del 15 al 23 de Nisán, primer mes del año judío) se celebraba en Jerusalén la Pascua (*Pésah*), en recuerdo de la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto, descrita en el *Pesahim* de la Mishná. Su origen se pierde en el tiempo, ya que era una fiesta de pastores (sacrificio y comida del cordero) a la que se unió otra de carácter agrícola (panes ázimos). El cordero se sacrificaba en el Templo y se comía en la cena familiar de la tarde-noche del 14 al 15 de Nisán.

⁷ Cincuenta días después de la pascua, llega Pentecostés, fiesta de las Semanas o de la ofrenda de las primicias, los primeros frutos, en acción de gracias por el tiempo transcurrido y por el tiempo futuro (Lev 23,15-19; Num 28,27-29). Los targumim y los comentarios rabínicos ponen esta fiesta en relación con la historia de Israel: celebran la entrega de la Ley en el Sinaí (la acogida del don de la Ley en el Sinaí es condición de vida para la comunidad renovada y santa.). Este sentido de la fiesta pudo sobrevivir a la destrucción del Templo (después del año 70 d. C., prevaleció el cómputo farisaico que fijaba la celebración de Pentecostés 50 días después de la Pascua) y perdura todavía hoy como fiesta de un solo día, con oraciones especiales. En algunos lugares hay tradición de realizar una comida de productos lácteos, referencia a la “tierra que mana leche y miel” o a las normas de pureza alimentaria.

⁸ En otoño (del 15 al 22 de Tisri) se celebraba la Fiesta de las Chozas o de las Tiendas (*Sukkot*): durante 7 días se vivía en pequeñas cabañas en los alrededores de Jerusalén, como recuerdo de la marcha-peregrinación de Israel a través del desierto, donde el pueblo vivía en sencillas tiendas o cabañas. Esta celebración se fundió con otra de carácter agrícola, la fiesta de la vendimia y de la cosecha. Para Josefo es la “más santa y la mayor de las solemnidades” (AJ VIII, 10). Actualmente, cada familia construye, en su casa o patio/terrace, una tienda (*suká*) en la cual se debe comer durante los ocho días de la fiesta

Y cuando la esperanza del pueblo peregrino va a ser colmada con la Tierra Prometida, la Palabra que anuncia los tiempos nuevos en la tierra que mana leche y miel se encamina para culminar la peregrinación redentora: “y la Palabra que estaba junto a Dios... vino al mundo, vino a su casa... Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1, 9-10.14). El Hijo peregrina de la eternidad al tiempo y así este se convierte en tiempo de salvación.

Y María fue la primera peregrina de Israel en los tiempos nuevos, “en camino de prisa hacia la montaña, a una ciudad de Judá” (Lc 1, 39); y los Magos de Oriente los primeros peregrinos de un pueblo nuevo y universal: “se pusieron en camino y, de pronto, la estrella que habían visto salir comenzó a guiarlos hasta que vino a pararse encima de donde estaba el niño” (Mt 2, 9).

Y aquel niño, al que pusieron por nombre Jesús, “se despojó de sí mismo, tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres” (Flp 2, 7). Se hizo peregrino en el desierto y entre las gentes, recorría aldeas y orillas, subía montañas y regresaba al valle, y se puso en camino hacia la Ciudad Santa: peregrino con la cruz a cuestas para peregrinar resucitado de nuevo entre sus discípulos y enviarlos a la misión antes de retornar al seno del Padre. Tras recorrer los caminos de los hombres vuelve al Padre y se hace peregrino que reparte el pan de la Palabra y el pan de la Eucaristía en cada camino que nos conduce hasta Emaús (cf. Lc 24, 13-35), peregrino que se hace prójimo que nos invita a ser samaritano (cf. Lc 10. 25-37).

Dejemos que el referido Sermón del papa Calixto nos muestre una vez más cómo van encajando los pies del peregrino en las huellas que dejan los pasos del peregrino que vino desde el seno del Padre:

“Nuestro Señor Jesucristo mismo, después de resucitar de entre los muertos, al volver a Jerusalén fue el primer peregrino, hasta el punto de que los discípulos al encontrarse le dijeron: “Tú eres el único peregrino en Jerusalén”. De los cuales discípulos después se escribió que conocieron al Señor, al partir el pan. En el camino el Señor no es conocido; en la comida, es conocido. El peregrino rico que alimenta a los pobres es conocido por el Señor, porque el que alimenta a los pobres es conocido por el Señor, y permite que le conozca a Él y le hace feliz, como dice el Salmista: “Bienaventurado el que se preocupa del necesitado y del pobre; en el día terrible le libraré el Señor”. En el día terrible le libraré, puesto que en el día del juicio se verá libre de los lazos del diablo y se salvará”.

En las orillas del lago de Galilea Jesús había llamado (cf. Mc 1, 16-19) y enviado a sus discípulos (cf. Jn 21, 1-14), y estos, al mismo tiempo pescadores de hombres y peregrinos, “se pusieron en camino y fueron de aldea en aldea, anunciando la Buena Noticia y curando en todas partes (Lc 9, 6).

O como dice el *Calixtino* (sigue el Sermón):

“Los apóstoles fueron peregrinos, pues el Señor los envió sin dinero ni calzado. Por lo cual de ningún modo se les concede a los peregrinos llevar dinero, a no ser para repartirlo entre los pobres”.

Es la peregrinación del testigo, del que habla en nombre de Cristo, el primer peregrino. Entre aquellos primeros “caminantes” podemos señalar:

- Felipe hacia Gaza: “Levántate y marcha hacia el sur, por el camino de Jerusalén a Gaza, que está desierto». Se levantó, se puso en camino” (Hch 8, 26-27)
- Pedro a la casa de Cornelio: “Mira, tres hombres te están buscando; levántate, baja y ponte en camino con ellos sin dudar, pues yo los he enviado” (Hch 10, 19-20)
- Pablo hacia Damasco: en camino para perseguir a los que seguían el Camino (Hch 9, 2-3; 22, 5), y el Señor le dirá en aquel éxtasis orando en el Templo: “Ponte en camino, porque yo te voy a enviar lejos, a los gentiles” (Hch 22, 21)

Es la peregrinación también de las siguientes generaciones de testigos que se hacen presentes cuando el cristianismo primitivo comienza a expandirse:

- *Didaché* y el *Pseudobernabé* nos hablan del valor de la hospitalidad que había entre las primeras comunidades cristianas
- Para el *Pastor de Hermas* la vida es como una peregrinación a la búsqueda de respuesta a las grandes preguntas
- Ignacio de Antioquía peregrina hacia el martirio (de Antioquia a Roma, siete cartas – desde Esmirna escribe a Éfeso, Trales, Magnesia y Roma; desde Troas escribe a Filadelfia, a Esmirna y Policarpo) y agradece la acogida y la hospitalidad de las comunidades que lo reciben camino de Roma.
- El *A Diogneto* entiende la vida del cristiano desde la provisionalidad en la que vive el peregrino: “Habitan en su propia patria, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña”.

3. Caminos de Dios y caminos del hombre: el Camino de Santiago

En el significado profundo de la peregrinación podemos atisbar algunos caracteres sumamente importantes del ser humano, de tal modo que supone un ejercicio verdaderamente humanizador ponerse en camino. Es evidente que la peregrinación es símbolo y a la vez realización concreta de la condición del hombre como *viator*, el hombre como ser andante, bajo el signo de la esperanza, que por ello se pone en pie y se pone en camino para encontrarse con un horizonte de plenitud. Es el hombre finito, necesitado de realidades de valor superior, que hay que buscar y alcanzar con empeño y esperanza. A veces son realidades escondidas en la intimidad personal, que precisan de un viaje hasta ese fondo íntimo para encontrarlas.

Esta condición de *homo viator*, de buscador de realidades que le enriquezcan o le confirmen como persona, es natural en el hombre, y sin embargo no siempre se asume y desde luego no se asume nunca de forma espontánea. Es decir, la necesidad de hacer un camino, de vivir como verdadero viandante en pos de la verdad y el valor que humanizan, está, como todo en el hombre, bajo el signo de la libertad.

En el ser humano, quitando algunas funciones fisiológicas naturales, todo es llamada, nada se impone automática o necesariamente, todo está dirigido como invitación

a la propia libertad personal. Y la necesidad personalísima de hacer una búsqueda, un camino, hasta el encuentro de realidades de valor con las que colmar el propio yo, tiene que ser libremente asumida. Incluso cuando se trata de la verdad personal que habita en el fondo del propio yo, el hombre tiene que dedicarse a buscarla expresamente, con la correspondiente decisión de su voluntad.

El hombre tiene que hacer un camino de realización personal, pero no lo hará de hecho si no se plantea y decide expresamente hacerlo.

Porque también podemos quedar parados, prisioneros de la indolencia, paralizados por la dejadez, la rutina o el temor, quedando en la situación dada, sin progreso, sin crecimiento, sin un camino ascendente de humanización.

De hecho, el hombre rehúye de su condición de viandante, se apega estáticamente a lo dado. Esto no es sólo una posibilidad, es algo relativamente fácil y a nadie le costaría reconocer en la propia historia personal episodios de parálisis espiritual, en los que sólo nos ha movido el vaivén de los acontecimientos que nos han traído y llevado, sin que hubiera un camino o una dirección personal, porque estábamos sumidos en una postura estática. Es la tensión en la que se halla situado el hombre: necesitado de valor para hacer un camino hasta la verdad, al mismo tiempo que se ve arrastrado por las inercias de lo cotidiano, por la tendencia a lo estático, por cierta pereza o el temor a perder lo que ya se tiene, etc.

Esta tensión, esta dialéctica, es constitutiva del hombre, naturalmente viandante, pero amenazado por la tendencia al inmovilismo y en este forcejeo, como es obvio, ha de prevalecer, esforzadamente, el dinamismo, alentado por la esperanza, que nos pone en búsqueda de bienes y valores, más allá de la tendencia a la estaticidad que bloquea todo crecimiento ulterior.

En esta tensión, en esta pugna en la que se sustancia el logro o el fracaso personal, la peregrinación (y, por ende, el Camino de Santiago) se convierte en una figura, una interpelación, un estímulo fundamental. Necesitado de impulsos, de imágenes y símbolos eficaces, de experiencias que sirvan de precedente, de soportes y compañías para el camino, la peregrinación desde siempre ha sido y por siempre será un recordatorio poderosísimo de la condición de *homo viator*, que es sustantiva en el hombre, el ser que siempre se halla *in fieri*.

Si la esperanza es algo constitutivo en la vida humana como principio dinámico, parece evidente que el peregrino en marcha hacia aquello que anhela y espera y que confía alcanzar, es el hombre de la esperanza, haciendo presente que el esperar es principio de vida y de movimiento. El peregrino no es un viajero cualquiera, es un viandante que sostenido por la fe y la esperanza camina con tesón y generosidad hacia valores superiores.

Nada nos puede identificar mejor con nuestra naturaleza “viator” que la peregrinación que recuerda, realiza, expresa, consagra, de modo sobresaliente esa

condición de buscador de objetivos de valor que le enriquezcan humanamente y que es propia del hombre.

El viaje, la peregrinación, expresan la provisionalidad, el desarraigo, la disponibilidad, que son necesarios al hombre para alcanzar bienes mayores. Que las religiones, y de modo llamativo la cristiana, cultiven, con intensidad y de modo tan coincidente, la peregrinación, es por razón de esa natural condición del hombre de ser peregrinante. Aquí, como con otros elementos humanos, las religiones asumen y dirigen esta identidad peregrina del hombre hacia lo Sagrado, en quien puede hallar la meta insuperable de sus pasos y sus afanes. Esto muestra la relación estrecha de la experiencia religiosa con las más profundas estructuras del alma humana, por lo cual, decíamos, la peregrinación se convierte en un arquetipo de la *psique* del individuo y de las comunidades humanas.

Con estos aspectos, elementos de valor del caminar mismo, está la riqueza propia del camino, de la vía por la que discurre el peregrino. El Camino de Santiago es un valor excelente, una espléndida vía de humanidad y humanización. Eso explica que también para no creyentes o menos creyentes, el Camino tenga valor y sentido en sí mismo. Como espacio humano formado, como ámbito constituido por los siglos, está lleno de presencias.

Esta red intensa, preciosa, de presencias del pasado y del presente, esta pléyade de testimonios de historia, de arte, de religiosidad, de actos y actitudes de generosidad gratuita, hacen del Camino de Santiago una ruta de humanización, que ofrece al peregrino una posibilidad única de experimentar cada día una historia de belleza y de verdad y de bondad humana. En la peregrinación se descubre y se prueba la sorpresa de una gracia más allá de lo previsible. Como en la peregrinación bíblica, en la cual al que marcha al lugar santo, en su caminar penoso lo acompañan prodigios y bendiciones, porque Dios protege al peregrino y hace brotar manantiales para que beba (Sal 84, 7-8). Sobre la ruta jacobea, el *Codex Callistinus* da cuenta de tantos milagros ocurridos a beneficio del peregrino, en lo que se mezcla quizá algún fondo histórico con el sentido religioso del hombre que quiere reconocer enseguida la protección de Dios que acompaña al caminante. Esto, sin embargo, interpela también a todos los que hoy pululan de un modo u otro por la ruta compostelana planteando el desafío de humanizar el Camino, de seguir poblándolo de estas presencias y testimonios de humanidad, y también de fe.

Evitando, pues, actuaciones que le quiten identidad y que al final causen daño al Camino mismo, es un objetivo siempre valioso cuidar su valor humano y cristiano. Con este empeño se puede construir o sostener una metáfora espléndida y necesaria para los hombres de nuestro tiempo, para los europeos de esta hora y los muchos que vienen de otros continentes: la metáfora del Camino de Santiago está diciendo que el mundo o la vida tienen espacios y compañías que alientan y sostienen y que, cuando se peregrina a Santiago, la peregrinación del vivir es un caminar sostenido por mil ámbitos, mil presencias y apoyos que lo tutelan y lo salvaguardan.

Cuidemos el Camino de Santiago como símbolo expresivo que alienta y sostiene el sentido y el gozo del peregrinar, aunque sea esforzada y sacrificadamente por el mundo,

por la sociedad, por la vida. Como hay peregrinación porque hay una meta, el *homo viator* es y sólo puede ser, hombre de esperanza. La condición viandante del hombre y su condición esperanzada son en realidad la misma cosa. La esperanza hace caminantes y sólo se camina bajo la esperanza.

En este Camino, religioso, cristiano por su origen, por su espíritu y por su meta, se ha sustanciado un humanismo que en su raíz confiesa al hombre en su inefable dignidad como *homo viator*, buscador y poseedor esforzado y servidor de una verdad superior que da sentido. Mantener la identidad propia del Camino de Santiago es un desafío y una responsabilidad. Preservar su identidad espiritual y religiosa es una tarea a la que somos convocados.

Conclusión

El Camino y su Meta, los caminos y la tumba del apóstol Santiago se presentan como un gran espacio abierto y un horizonte en el que caminan y hacia el que se encaminan los que buscan y los que no buscan, los inquietos y los indiferentes, los creyentes y los no creyentes. Y en ese camino debemos suscitar la pregunta por el sentido de la vida, por su horizonte trascendente. El Camino es ocasión para buscar a Dios y dejarse encontrar por Él, que nos aguarda, al final, en la Meta. Y como la mochila del peregrino, ligeros de equipaje, pero densos de vida y de ganas de encuentro, de propuestas, de escucha, para ofrecer al caminante el don de la fe que, como alguien escribió, no es una bandera que se lleva con gloria, sino una vela encendida que se lleva con la mano entre la lluvia y el viento, en una noche de invierno.

Cuando en los programas electorales la noción de bien común ha sido sustituida por la de interés general, que en absoluto es sinónima de la primera; cuando se han cumplido dos años de la guerra en Ucrania y Europa parece cansada y deprimida; cuando el desarrollo de la inteligencia artificial se ha acelerado y genera una gran incertidumbre; entonces, precisamente ahora, nuestro presente, los católicos tenemos que comprometernos con la mejor política, esa que está verdaderamente al servicio del pueblo, del bien común, de la fraternidad.

Es evidente que se abre ante nosotros un tiempo nuevo, con incertidumbres y desafíos, que en muchas personas puede generar angustia y desesperanza. Pero este tiempo no es un camino que recorreremos solos. En palabras del papa Francisco, caminemos en esperanza por las semillas de bien que Dios sigue derramando en la humanidad y asumamos que, ante este reto y siempre, nadie se salva solo (cf. *Fratelli tutti* 54-55). El relato de este momento pinta escenarios en blanco y negro, cuando la realidad tiene mil tonos de gris. Una descripción que simplifica y elimina matices.

En esta Europa, que encontró y encuentra una de sus realizaciones y expresiones más genuinas en el Camino de Santiago, debemos aprender a escuchar más y con más atención: el Camino muestra que Europa (la humanidad) es un proyecto común, ante todo de personas y pueblos, no únicamente de estrategias políticas y económicas, que deben ser escuchadas para construir mejor una fraternidad social que nos conduzca a ser “un mensaje de esperanza basado en la confianza de que las dificultades puedan convertirse en

fuertes promotoras de unidad, para vencer todos los miedos que Europa – junto a todo el mundo – está atravesando. Esperanza en el Señor, que transforma el mal en bien y la muerte en vida (Discurso al Parlamento Europeo, Estrasburgo, 25 de noviembre de 2014)

Como ciudadanos, cristianos y hermanos estemos dispuestos a “poner al hombre en pie” (que diría Blas de Otero) para abrirlo a la trascendencia y a la fraternidad, y no a cualquiera, sino a la que mudó en silencio puesta en pie en una Cruz que sigue siendo, ¡¡oh paradoja!!, camino hacia la Vida.

El Dios hecho carne nos enseñó que los rostros son más importantes que las ideas y que no podemos separar a Dios del prójimo, porque nos debemos amar unos a otros en aquel que nos amó primero. Es osado hablar de Dios, pero al mismo tiempo no podemos callar acerca de él, porque es Palabra que produce vértigo y misterio.

Pero atención, “no se puede dar culto a Dios (al manifestado en el Crucificado-Resucitado) sin velar por el hombre, su hijo, y no se sirve al hombre si no le respondemos a la pregunta por Dios”, dijo Benedicto XVI en su viaje a Santiago de Compostela en noviembre de 2010.

¡¡Ultreia e Suseia!!